

PARTE II. de su patria, volver á emprender las operaciones para conquistar nuevamente el reino.

Aubigny derrotado.

Al dia siguiente de la batalla de Ceriñola, los españoles recibieron la noticia de otra victoria casi no menos importante, ganada contra los franceses en la Calabria la semana anterior²⁴. El ejército enviado al mando de Portocarrero llegó á aquellas costas á los primeros de Marzo; pero pocos dias despues su valiente comandante cayó enfermo y murió²⁵. El caudillo en su lecho mortal nombró para sucederle en el mando á D. Fernando de Andrada; y este oficial, reuniendo sus fuerzas con las que antes habian llegado á aquel país al mando de Cardona y de Benavides, atacó al general frances Aubigny en batalla campal, cerca de Seminara, el viernes 21 de Abril. Era poco mas ó menos el mismo lugar donde el último habia batido dos veces á los españoles; pero la estrella de Francia se estaba eclipsando; y aquel esforzado y antiguo general tuvo que pasar por la dura suerte de ver á su pequeño cuerpo de veteranos completamente derrotado, despues de un terrible combate que duró menos de una hora, al mismo tiempo que él propio fué sacado con dificultad de manos del enemigo por el valor de su guardia escocesa²⁶.

24 Giovio, Vita Illust. Virorum, fol. 255.—Pedro Mártir, Opus Epistolarum, epist. 256.—Crónica del Gran Capitan, cap. 80.

El viernes, dice Guicciardini, aludiendo sin duda á los descubrimientos de Colon, así como á estas dos victorias, se observó que era dia feliz para los españoles: segun Gaillard, por los franceses fué mirado desde este tiempo con mas supersticioso temor que antes. Isteria, t. 1, p. 304.—Rivalité, t. iv, p. 348.

25 Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 5, cap. 8, 24.—Giovio, Vita Illust. Virorum, fol. 250.

El lector recordará acaso el señalado papel que representó en la guerra de los moros Luis Portocarrero, señor de Palma: era de noble origen italiano y

del antiguo linaje genoves de los Boccanegras. Las mujeres del Gran Capitan y de Portocarrero eran hermanas; y esta relacion de familia acaso contribuyó tanto como sus dotes militares á que se diera á Portocarrero el mando de las tropas de Calabria, que era muy importante confiar á una persona que estuviera en buena armonía con el general en gefe: cosa no muy fácil de lograr entre los altivos nobles de Castilla.

26 Giovio, Vita Illust. Virorum, fol. 255.—Pedro Mártir, Opus Epistolarum, epist. 256.—Crónica del Gran Capitan, cap. 80.—Varillas, Histoire de Louys XII (Paris, 1688), t. 1, páginas 289-292.

Véase la relacion de las victorias alcanzadas por Aubigny en Seminara, en

Nápoles se somete.

El Gran Capitan y su ejército, llenos de confianza y entusiasmo por las nuevas de este feliz suceso, que habia destruido todo el poder frances en la Calabria, emprendió su marcha sobre Nápoles, enviando antes á Fabricio Colona á los Abruzos para recibir la sumision de los habitantes de aquellas provincias. Habíase derramado por todas partes con extraordinaria rapidez la noticia de la victoria, y el ejército de Gonzalo en su marcha veia enarboladas las banderas de Aragon en las almenas de todas las ciudades, al mismo tiempo que los habitantes salian á victorear al conquistador, ansiosos de manifestar su adhesion á la causa española. Detúvose el ejército en Benevento, y el general envió legados á la ciudad de Nápoles invitándola en los términos mas corteses á que volviera á su antigua obediencia á la dinastía legítima de Aragon. Dificilmente se podia esperar que la fidelidad de un pueblo, que por tanto tiempo habia visto su país convertido en presa de aquellos jugadores políticos, fuera muy firme y decidida en favor de ninguno, ni que pensase en aventurar sus vidas porque se conservara ó perdiera una corona, que habian visto sobre las sienes de media docena de dueños en otros tantos años²⁷. Así que, con el mismo flexible entusiasmo con que habian aclamado la exaltacion de Carlos VIII y de Luis XII, victorearon ahora el restablecimiento de la antigua dinastía de Aragon, y enviaron diputados de la nobleza principal, y de los ciudadanos á recibir al Gran Capitan en Acerra, en donde le presentaron las llaves de la ciudad, y le pidieron la confirmacion de sus derechos y privilegios.

Gonzalo, habiéndola prometido á nombre del rey su señor, á la mañana siguiente, 14 de Mayo de 1503, hizo su entrada solemne en la capital, dejando su ejército fuera de los muros. Iba escoltado por los caballeros de la ciudad y bajo un solio conducido por los diputados.

Entrada triunfal de Gonzalo.

los capítulos 2 y 11 de la parte segunda de esta historia.

27 Desde 1494 habia estado el cetro de Nápoles nada menos que en manos de siete príncipes, que fueron: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Fadrique III, Luis XII y Fernando el Católico. Ninguna propiedad particular del reino habia cambiado pro-

bablemente de la mitad de aquel número de dueños en el mismo tiempo. Gonzalo da cuenta de este espíritu revoltoso de los napolitanos con estas espresivas palabras: "Regno tan tremoloso que la paz que al mundo sosiega á él lo altera." Carta al rey Cathólico, de Nápoles, á 31 de Octubre, 1505, MS.

PARTE II. Las calles estaban sembradas de flores, las casas adornadas con emblemas y divisas oportunas, y coronadas con banderas en que aparecían reunidas las armas de Aragón y de Nápoles. En su tránsito la ciudad resonaba con las aclamaciones de innumerable multitud de gentes que llenaban las calles, al mismo tiempo que todos los balcones y tejados estaban llenos de espectadores deseosos de ver al grande hombre, que casi sin más recursos que los de su genio había desafiado por tanto tiempo y por fin abatido completamente el poder de Francia.

Al día siguiente una diputación de la nobleza y del pueblo se presentó en la casa del Gran Capitan, y prestó en sus manos el acostumbrado juramento de fidelidad á su señor, el rey Fernando, cuya exaltación al trono cerraba finalmente la serie de revoluciones que por tanto tiempo habían conmovido aquel desgraciado país²⁸.

Fortalezas de Nápoles.

La ciudad de Nápoles estaba dominada por dos grandes fortalezas, que todavía se hallaban en poder de los franceses, y que bien provistas de víveres y municiones no se manifestaban dispuestas á rendirse. Determinó pues el Gran Capitan dejar un pequeño cuerpo para reducir las, mientras enviaba el grueso de su ejército á sitiar á Gaeta. Pero la infantería española se negó á marchar en tanto que no se le pagaran los grandes atrasos que el abandono del gobierno había permitido se les estuvieran adeudando; y Gonzalo, temeroso de dar pábulo al espíritu de insubordinación que antes había experimentado cuán difícil era aplacar, se vió en la necesidad de contentarse con enviar la caballería y los alemanes, y de permitir que la infantería se acuartelara en la capital, con órdenes estrechas para que respetasen las personas y los bienes de los habitantes.

No perdió ya tiempo en estrechar el sitio de las fortalezas francesas, que por su situación inespugnable se hubieran burlado de los esfuerzos del más poderoso enemigo en el antiguo estado del arte militar. Pero se había confiado su rendición á Pedro Navarro, el célebre ingeniero que con sus adelantos en el arte de las minas adquirió la reputación popular de inventor de ellas, y que en este caso desplegó

²⁸ Guicciardini, Isteria, t. 1, p. 304. —Giannone, Isteria di Napoli, lib. 29, cap. 4.—Ferrerías, Hist. d'Espagne, t. viii, p. 250.—Summonte, Hist. di Na-

poli, t. iii, pp. 552, 553.—Muratori, Annali d'Italia, t. xiv, p. 40.—Crónica del Gran Capitan, cap. 81.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 18.

una habilidad, antes tan poco conocida, que hace época memorable en los anales de la guerra²⁹. CAP. XII.

Bajo su dirección, después de tomar con un terrible fuego de artillería la pequeña torre de San Vicente, se abrió una mina debajo de las defensas exteriores de la gran fortaleza, llamada Castel-Nuovo. El día 21 de Mayo se voló la mina, quedó abierto un ancho paso en la barbacana, y los sitiadores penetrando por él con Gonzalo y Navarro á la cabeza, antes que la guarnición hubiera tenido tiempo de retirar el puente levadizo, plantaron las escalas en los muros del castillo, y consiguieron tomarle por asalto, después de un terrible combate en que fueron pasados á cuchillo la mayor parte de los franceses. Hallóse en el castillo un botín inmenso. El partido angevino tenía allí el depósito de sus efectos más preciosos: oro, alhajas, plata labrada y otras riquezas, que junto con sus bien provistos almacenes de granos y municiones quedaron indistintamente por despojos de los vencedores. Mas como algunos de éstos se quejaron de que no habían sacado la parte que les correspondía del botín, Gonzalo, dando rienda en aquel momento de entusiasmo á la licencia militar, les dijo festivamente: "Pues entonces id á mis pabellones, y desquitos con lo que allí podáis encontrar." No se dijeron en vano estas palabras. La soldadesca penetró en el magnífico palacio del príncipe angevino de Salerno, que ocupaba entonces el Gran Capitan, y en un momento se apoderaron de los suntuosos muebles, pinturas y otras preciosidades, y de los ricos vinos de su abundante bodega, y se los distribuyeron sin reparo, indemnizándose de esta manera, á espensas de su general, del abandono en que los tenía el gobierno.

Después de algunas semanas de operaciones, la otra fortaleza llamada Castel d'Ovo abrió sus puertas á Navarro; y una escuadra francesa que entró en la bahía tuvo el sentimiento de verse batida desde las murallas de la plaza que creía ir á socorrer. Antes de este suceso, Gonzalo, habiendo recibido fondos de España para pagar lo que de-

Toma de Castel-Nuovo.

Queda sometido casi todo el reino.

²⁹ Los italianos, en su admiración por Pedro Navarro, hicieron batir medallas en que le presentaban como inventor de las minas. (Marini, apud Daru, Historia de Venise, t. iii, p. 351.) Aunque no fuera realmente Navarro el

primer inventor, su mérito casi es el mismo, porque fué el primero que descubrió los grandes y terribles usos á que podían aplicarse en la ciencia de la destrucción. Véase el capítulo 13, nota 23, parte primera de esta historia.

PARTE II. bia á su gente, salió de la capital dirigiendo su marcha sobre Gaeta. Veíanse ya todos los importantes resultados de sus victorias. Aubigny, con los restos de las fuerzas que pudieron escapar de Seminara, se habia rendido; los dos Abruzos, la Capitanata, toda la Basilicata, á escepcion de Venosa, en donde aun se mantenía Luis de Ars, y en suma, todas las plazas considerables del reino se habian sometido, menos la de Gaeta. Llamando pues en su ayuda á Andrada, Navarro y á sus demas oficiales, el Gran Capitan resolvió concentrar todas sus fuerzas sobre aquel punto, proponiéndose estrechar el sitio, y destruir de un golpe los débiles restos del poder frances en Italia. En esta empresa halló Gonzalo mas dificultad de la que esperaba³⁰.

30 Zurita, Hist. del rey Hernando, t. i, lib. 5, cap. 30, 31, 34, 35.—Giovio, Vita Illust. Virorum, fol. 255-257.—Garibay, Compendio, t. ii, lib. 19, cap. 15.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 183.—Guicciardini, Hist., lib. 6, pp. 307, 309.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 18, 19.—Ammirato, Istorie Fiorentine, t. iii, p. 271.—Summonte, Istoria di Napoli, t. iii, p. 554.—Crónica del Gran Capitan, cap. 84, 86, 87, 93, 95.—Sismondi, Hist. des Français, t. xv, pp. 467, 409.

CAPÍTULO XIII.

NEGOCIACIONES CON FRANCIA.—LOS FRANCESES INTENTAN UNA INVASION EN ESPAÑA, Y SON RECHAZADOS.—TREGUA.

Exámen de la conducta de Fernando.—Primeros síntomas de la demencia de D^a Juana.—Aflicciones y fortaleza de D^a Isabel.—Esfuerzos de Francia.—Sitio de Salsas.—Levantamiento de tropas por Isabel en España.—Brillantes resultados obtenidos por Fernando.—Reflexiones sobre aquella campaña.



LOS acontecimientos referidos en el capítulo anterior pasaban tan rápidamente como las sombras fugaces de un sueño. Apenas habia recibido Luis XII la desagradable nueva de haberse negado Gonzalo á cumplir la órden del archiduque Felipe, cuando se vió sorprendido con las noticias de la victoria de Ceriñola, de la marcha sobre Nápoles, de la rendicion de esta capital, y del allanamiento de la mayor parte del reino, sucediéndose unas á otras sin tregua ni descanso. No parecia sino que los mismos medios, en que el rey de Francia confiaba para aplacar la tormenta, habian sido la señal para hacerla estallar con terrible furia y atraerla sobre su propia cabeza. Herido en su amor propio, é indignado al considerarse víctima de una política que creia pérfida, pidió esplicaciones al archiduque, que todavia se hallaba en Francia. Éste, al paso que protestó con el mayor calor su inocencia, sintió ó aparentó sentir tan profundamente el papel ridículo y, á lo que parecia, deshonroso que habia representado en este negocio, que cayó gravemen-

CAP. XIII.

Tratado de Lyon.